CEDAL
Conversatorio "Logros, aplicaciones y retos éticos de la Inteligencia Artificial"

No hay prisa
En defensa del tiempo humano perdido

Daniel Prieto Castillo
Mendoza
25 de septiembre 2024

En un documento que elaboré para un congreso de CIESPAL hablé de los dos aprendizajes más importantes que tuve a lo largo de mi existencia en mi trabajo como educador y comunicador. El primero se refiere a la palabra, a la sagrada relación de un comunicador educador con ella, de su cuidado como un tesoro que nos alumbra, que nos sostiene en el día a día de nuestra profesión; de la inagotable riqueza con la cual nos corresponde expresarnos, del entusiasmo, de la alegría de la palabra bien comunicada.

El segundo se formula con solo tres términos, dedicados pintar el juego de la comunicación en la educación: no hay prisa. Equivocan el camino, el sentido de lo que significa aprender, quienes pretenden convertir algo de tanta importancia en la construcción de humanidad (de eso se trata el aprendizaje) en una carrera a menudo desenfrenada: corra para recibirse, para adelantarse a su edad, para acumular títulos, para ser un triunfador y no un perdedor.

Ya lo decía mi querido, inmenso, fino poeta, artífice de la palabra, Pedro Salinas:

"¿Qué claridades se hallan por la prisa?
La breve del relámpago.
Tarda noches la noche en ser auroras,
la luz se hace despacio".

Vengo afirmando desde hace décadas: no hay prisa. Apurar a tragos desenfrenados el placer de la palabra y la comunicación puede dar lugar al exhibicionismo del relámpago, pero nunca al encuentro en el seno de lo que Simón Rodríguez llamó el interaprendizaje.

El cuidado de la palabra y el llamado a respetar vidas y tiempos de aprendizaje desde el no hay prisa, tienen hoy un inmenso sentido. No expresaré lo que sigue con la intención de descalificar, de sumar dudas a la irrupción del robot que denominamos IA…, en nuestras vidas, pero como hijo del libro y de las muy antiguas y dignas maneras de comunicar en el inmenso territorio de la educación, no puedo dejar de alertar sobre lo que significa entregar al robot la palabra y el control del tiempo de comunicación de la misma, con el afán de acelerar la incorporación de conocimientos y de aprendizajes,

como si eso equivaliera a educación. Reitero: no hay prisa, necesitamos reflexionar sobre la comunicación en la educación en espacios signados por la palabra monocorde del robot y la velocidad.

Lo expresaba Heidegger hace ya casi un siglo: ¿cómo hacer preguntas en la rapidez, la instantaneidad y la simultaneidad? Derivado de ello nos interrogamos así: ¿cómo construir aprendizajes en la rapidez, la instantaneidad y la simultaneidad? La irrupción del robot en la sociedad en general y en los espacios educativos en particular, se origina en un contexto que de alguna manera la explica y la sostiene: las formas de relación que se construyeron a lo largo del siglo XX y en lo que va del presente.

En esa línea, y en el horizonte de lo que aportó Paul Virilio en sus análisis de la velocidad dentro de lo que denominó "ecología gris", retomemos palabras del filósofo español Manuel Reyes Mate en "El tiempo es el otro".

> Independientemente de lo que digan físicos o metafísicos, la idea que nos hagamos del tiempo acaba incidiendo en el sentir, en el pensar y en el vivir. Sin entrar siquiera en el estudio del tiempo como unidad de valor en el sistema capitalista de producción, lo cierto es que para lo bueno y para lo malo la experiencia del tiempo es decisiva. Lo específico del tiempo actual es tener por referente el tiempo de internet, es decir, la velocidad de la luz. Eso, que ha tenido y tiene fantásticas consecuencias en el desarrollo tecnocientífico, ha creado un tipo de civilización determinado por la prisa. La prisa no es querer llegar antes sino pretender la instantaneidad. Ahora bien, la instantaneidad como modelo de vida es mortal porque mata la experiencia, ha sembrado las carreteras de cadáveres y tetrapléjicos y aspira a conformar un tipo de ser humano distinto del que hemos conocido y por el que la humanidad ha luchado.

Afirmo que la IA generativa constituye la expresión más fuerte (y en más de un aspecto terrible) de lo que significa esa apoteosis de la prisa que nos permite reconocer el entusiasmo, el endiosamiento por momentos, de lo que puede aportar el robot a transformaciones generales en nuestro planeta y a la educación en particular.

Lo propone así para la reflexión mi amigo colombiano Carlos Eduardo Cortés:

> En las últimas seis décadas, la *transformación digital* (TD), basada en el despliegue de la internet y las plataformas digitales, la llamada «internet de las cosas», y la inteligencia artificial (IA), ha modificado las sociedades humanas a una velocidad y con un alcance sin precedentes, con la consecuente aparición de nuevos desafíos éticos, sociales, culturales, políticos y legales.

Subrayo: **ha modificado las sociedades humanas a una velocidad y con un alcance sin precedentes.** En esa modificación aparecen con toda fuerza la práctica, la vivencia, los sentires, y las emociones propios de la velocidad que van consolidando el reino planetario de la prisa.

¿Hacia dónde va esa desaforada prisa? La pregunta necesaria: ¿qué la mueve a escala de nuestro atribulado planeta? Agrega Carlos:

> … en lugar de «bienes comunes globales de información», enfrentamos ahora un sistema de medios digitales diseñado principalmente para vender al público, más que para servirlo, dominado por fuerzas comerciales armadas con un marketing digital agresivo, publicidad interactiva y recopilación de datos personales, de manera que lo que está en juego es si el ecosistema digital funcionará en beneficio del bien común o estará dominado por intereses corporativos".
>
> La motivación central de la economía de plataformas digitales ha sido, y sigue siendo, el lucro corporativo de un oligopolio de transnacionales digitales privadas que media la mayor parte de nuestro tiempo en línea, regido por un mercado cuya **mercancía es la atención humana**, mientras los proveedores de internet administran la infraestructura pública basada en la web, con un resultado alarmante para la vida social: **una esfera pública global comercializada**".

En consecuencia, la moneda más valiosa hoy no es el dinero ni las criptomonedas; ni siquiera los datos. Es nuestra atención.

¿A qué atención apuntan las plataformas digitales para lograr las enormes ganancias que consiguen día a día, minuto a minuto en realidad? No a la que demanda un sostenido esfuerzo en el que no caben las procastinaciones, a la que aspira a logros a plazos cortos que también a la corta desencadenas improvisaciones, superficialidades, faltas de respeto a las y los posibles lectores.

Las enormes ganancias de las plataformas digitales se alimentan sin tregua en una sostenida continuidad de atenciones minúsculas, fragmentarias, herederas del zapping, colonizadas por estímulos adaptados a las informaciones que han sido obtenidas de cada una, de cada uno de los clientes de semejantes corporaciones. Ellas no pueden esperar años para lucrar. No les vengan con prédicas en torno al esfuerzo, frente a éste todo adquiere una aureola mágica, cuya culminación está en el uso que en pocos meses ha tenido la IAG en todo el mundo. No se desgaste en esfuerzos, aprenda a preguntar y le llegarán todas las respuestas.

Tal gigantesco modelo que abarca el planeta todo, no tiene por qué estar ausente de los espacios educativos.

Afirmaba Heidegger hacia 1953 en su obra "Introducción a la metafísica"[1]:

> Poder preguntar significa ser capaz de esperar, aunque fuese toda una vida. Pero una época para la cual sólo es real lo que se mueve rápidamente y lo que se puede asir con ambas manos, estimará que el preguntar es «ajeno a la realidad», algo que no es rentable. Mas, lo esencial no son los números, sino el tiempo justo, es decir, el justo instante y la justa perseverancia.
> «Porque odia el dios que medita el crecimiento intempestivo.» Holderlin, del ámbito temático de los «Titanes» (N. 218)

[1] Heidegger M. 1967, Introducción a la metafísica, Gedisa, p. 185.

En el imperio de la prisa no quedan muchos lugares para la pregunta, para el esfuerzo de aprendizaje, para la espera, para el tiempo humano. Y también se estrechan, se debilitan, se confunden los tiempos que requieren la pregunta y la práctica de la ética en los espacios educativos y en el que quehacer comunicacional.

Propongo esto último porque hemos sido convocados a este conversatorio para dialogar "sobre las diversas aplicaciones en todos los ámbitos de la vida y para nosotros especialmente importante, sobre los numerosos retos éticos que nos convocan". La prisa, como la venimos viviendo ya a escala planetaria, no deja muchos espacios para profundizar en esos retos, no deja en realidad mucho tiempo requerido para el sostenimiento y la continuidad de lo que nos constituye en los lazos sociales y como seres humanos.

Tiempo humano necesitamos, tiempo de reflexión, del pensar y del sentir, como dijo el poeta "la luz se hace despacio".